

## Una memoria compartida

ALFONSO RANGEL GUERRA

Conocí a Emmanuel Carballo en Monterrey, en aquella Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León que propició el surgimiento de tantas vocaciones, motivó tantas lecturas e hizo posible el encuentro de quienes eramos jóvenes entonces, con pensadores, escritores, ensayistas y maestros que viajaban de la ciudad de México a Monterrey para impartir conferencias diariamente durante una semana, en un período que duraba ocho, los meses de julio y agosto de cada año. Aquella Escuela de Verano fue generosa en descubrimientos intelectuales y en el surgimiento de nuevos conocimientos, desprendidos de la inagotable riqueza que estos maestros revelaban en los campos de la filosofía, la historia, la crítica literaria, la estilística, la historia del arte y tantos más que sería largo enumerar. José Gaos, Edmundo O'Gorman, José Luis Martínez, Justino Fernández, Eduardo Nicol, Carlos Graef Fernández, Agustín Yáñez, José Manuel Gallegos Rocafull, Luis Recasens Siches, Wenceslao Roces, Agustín Millares Cario, Octavio Paz, Carlos Pellicer, Arturo Arnáiz y Freg y muchos, muchos más. Su lección estaba presente en la conferencia impartida, pero también en las largas conversaciones que después de la cátedra tenían lugar en los sitios de recreo y en las plazas públicas, en la temprana serenidad nocturna característica del Monterrey de entonces, propicia para el diálogo en aquellos espacios abiertos, donde se disfrutaba, en el fresco de las altas horas de la noche, la

<sup>1</sup> Trabajo leído en el homenaje a Emmanuel Carballo, Panamerican University, Edinburg, Texas, 8 de octubre de 1996.

conversación y las largas exposiciones de aquellos invitados. Esta fiesta del espíritu se mantuvo un poco más de quince años, desde 1944 hasta el comienzo de los años cincuenta, y no sería exagerado afirmar que una parte del desarrollo cultural de Monterrey y de su Universidad se debió a aquella Escuela de Verano.

En una de esas anualidades llegó a Monterrey Emmanuel Carballo, invitado por el profesor Francisco M. Zertuche, animador de aquella actividad veraniega. Fue, si no recuerdo mal, el año de 1955, y las cinco conferencias que impartió las dedicó a una exposición sobre aspectos de la literatura mexicana. Emmanuel tenía apenas dos años, o casi, de haber dejado la ciudad de Guadalajara para instalarse en la capital del país. Había sido becario del Centro de Escritores Mexicanos (el primero de provincia que recibía esta beca, según él mismo cuenta en su libro de memorias *Ya nada es igual*), y a pesar de tener tan poco tiempo en la ciudad de México, ya tenía un sitio en ella, es decir, en el ámbito de las letras y la actividades culturales. Cuando llegó a Monterrey era secretario de redacción de la *Revista de la Universidad de México*, actividad que realizó desde principios o mediados de 1954, hasta el mes de julio de 1956. Eran los tiempos del rectorado del doctor Nabor Carrillo Flores y el director de la revista era Jaime García Terrés, recientemente desaparecido. La otra actividad importante que realizaba entonces Emmanuel Carballo era la publicación de la *Revista Mexicana de Literatura*, donde aparecía como responsable junto a Carlos Fuentes, a los que se sumó después Tomás Segovia. No trato de recobrar aquí los trabajos y los días de Emmanuel Carballo en aquel año de 1955 (ya seguramente él nos lo contará en la continuación de sus memorias), sólo pretendo establecer algunos aspectos de la actividad literaria y cultural de Emmanuel Carballo en ese año, que explican su presencia como profesor invitado de la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, pues entonces era apenas un joven de 26 años, pero ya con una presencia indudable en el mundo de las letras de la ciudad de México en el medio siglo, más el trabajo cumplido en su natal Guadalajara, donde dejó testimonio de su paso por las letras de aquella ciudad en las revistas creadas y animadas por él, *Ariel* y *Odiseo*.

Aquel joven que visitó entonces Monterrey como profesor huésped de la Escuela de Verano de la Universidad, nos sorprendía no sólo por su juventud —erarnos de la misma edad— sino también porque ostentaba un conocimiento amplio y seguro de la literatura mexicana, de sus autores y sus obras. Recuerdo que una noche, en los comentarios obligados que intercambiábamos los asistentes a aquellas conferencias, Arturo Cantú manifestaba su sorpresa ante los juicios certeros de Emmanuel Carballo, sobre todo aquellos que surgían en las respuestas a las preguntas que le hacíamos. Esto sucedía en la provincia y con jóvenes provincianos, que sólo tenían ocasión de dialogar con los profesores visitantes en los tiempos de la Escuela de Verano, mientras que Emmanuel ya estaba radicado en la ciudad de México y convivía —y maduraba— diariamente junto a escritores, novelistas, críticos, poetas y ensayistas.

De aquella primera visita de Emmanuel a Monterrey, tengo muy presente su despedida en la hoy desaparecida estación de ferrocarril, de donde salía todas las noches a la ciudad de México el tren Águila Azteca.

Desde entonces nació una amistad que permanece hasta hoy, aunque en todo este tiempo sólo nos hemos visto esporádicamente en Monterrey o en la ciudad de México. Emmanuel volvió en años posteriores a Monterrey y seguimos frecuentándonos. Después de aquel viaje primero, me tocó a mí visitar la ciudad de México y busqué a Emmanuel. Conversamos, seguramente en la Universidad o en el Fondo de Cultura Económica y aún recuerdo que después estuvimos en un sitio, el bar "Nicté-Ha", del Hotel del Prado, que ya no existía cuando maltratado por el terremoto de septiembre de 1985, el hotel fue demolido. De aquella conversación se quedó retenido en la memoria uno de los temas ahí tratados: la presencia y perdurabilidad de la canción mexicana y la posibilidad de analizarla psicológicamente en un estudio sobre la cultura nacional. En 1956 inicié, con el comienzo del año, un diario que se redujo a una pocas anotaciones a lo largo cinco escasos meses. Lo menciono ahora porque en el asiento de la fecha 2 de febrero de ese año, quedó escrito:

Hoy recibí carta de Emmanuel Carballo. Me acusa recibo del libro *Paginas sobre Alfonso Reyes* que apareció recientemente y que le envié. Más que una carta, son unas breves líneas, pero al final encuentro algo que vale la pena mencionar. Dice Emmanuel: "Poco le puedo decir de mí. Trabajo mucho y en cosas que no me agradan del todo. Soy un eficiente albañil de las letras. Antes escribía por gusto, hoy escribo por necesidad. Si poseyese la virtud de la disciplina podría hacer al margen de notas y reseñas, la obra que tanto ambiciono...".

Busqué la carta entre mis papeles pero no la encontré. Sin embargo, queda este testimonio de una inquietud manifiesta que es la de todo el que persigue un propósito y un ideal. Esa disciplina llegó después: el fruto de esa disciplina es el que finalmente le otorgó a Emmanuel Carballo un sitio indudable en el ámbito de la crítica literaria en México de la segunda mitad del siglo xx, logrado a partir de su libro *19 protagonistas de la literatura mexicana*.

Otras imágenes de aquellos años han quedado dispersas en la memoria. Una, en el Fondo de Cultura Económica. Es quizá el mismo año de 1955 y la casa editorial ya había inaugurado, un año antes, su edificio de la esquina de las calles de Universidad y Parroquia, en la Colonia del Valle. Parece mentira, pero en aquel año el edificio se levantaba solitario entre manzanas de terrenos baldíos, y hoy esa zona está sobrepoblada por grandes condominios y centros comerciales. El Fondo dejó hace unos años esas instalaciones y se trasladó a la gran torre del Camino al Ajusco. Aquellos años fueron buenos para el Fondo. Celebró sus primeros veinte con la erección y apertura de ese edificio de Universidad y Parroquia. El Catálogo de 1955 ostenta ya trece colecciones (incluida Tezontle) más la distribución que todavía hacía la editorial de los libros de El Colegio de México. Entre esas colecciones, la de Letras Mexicanas aparece ya con 18 títulos. Acudí a una reunión del Fondo de Cultura Económica en aquella época y quizá fue por invitación de Emmanuel Carballo. Ahí estaban todos los integrantes de la comunidad mexicana de las letras, la historia y la humanidades. Ahí vi a Carlos Fuentes, que buscaba a José Alvarado, a quien llamó en esa ocasión el "Pancho Villa civil".

Por la Escuela de Verano conocí también al cubano Raúl Roa, que años después fue ministro de Asuntos Exteriores de Fidel Castro y que entonces se encontraba exiliado en México. Raúl Roa me presentó en México a Arnaldo Orfila Reynal, director del Fondo de Cultura Económica, quien aceptó que yo lo representara en Monterrey. Entonces me tocó tratar con don Manuel Andujar, del exilio español, a quien encontré mucho tiempo después en España, cuando me tocó colaborar en el servicio exterior mexicano en el área de asuntos culturales de la Embajada de México. Pues bien, la representación del Fondo de Cultura Económica facilitó que se me entregara también la representación de Monterrey de las ediciones de Emilio Obregón. Este editor y librero tenía en la avenida Juárez, frente al Hemiciclo a Juárez de la Alameda, su librería "El cuchitril". Emilio Obregón era el gerente de la *Revista Mexicana de Literatura* —lo que en otras palabras quería decir que era su principal sostenedor económico y era dirigida por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo—. También tuve la distribución de esta revista en Monterrey, situación que se mantuvo hasta el final de la primera época, que fue con el número 12, de julio-agosto de 1957. Pero además de la revista y la colección literaria que llevaba su nombre, Emilio Obregón también tenía que ver con la Colección "Los Presentes", en su segunda serie, como la primera impulsada por Juan José Arreóla, y estos libros llegaron también a Monterrey por mi conducto. Entre los primeros volúmenes de la colección, estaba el libro de cuentos de Emmanuel Carballo, *Gran estorbo la esperanza*.

En el número 9-10 de la *Revista Mexicana de Literatura*, correspondiente a los meses enero-abril de 1957, Carballo presentó un panorama de las letras mexicanas en 1956. Importa recoger aquí un párrafo de la parte final del ensayo, donde dice:

He aquí mi resumen de la ficción, el ensayo y la crítica durante 1956. En él, las omisiones —que son muchas— son absolutamente deliberadas: me referí en forma exclusiva a aquellas obras que a mi juicio poseen algún valor. Por supuesto que este resumen es parcial: está dictado por mis *simpatías y diferencias* estéticas y, tal vez, políticas, nunca, o casi nunca, por prejuicios amistosos o de hostilidad manifiesta (Recuerden que yo no tengo amigos).

Y después de unas breves referencias a la narrativa, añade: "De crítica me abstengo de hablar: es un terreno yermo". Esta posición será característica del trabajo crítico de Emmanuel Carballo, hecho sin concesiones, sin ceder a los elogios gratuitos, buscando siempre ir más allá del mero impresionismo y pretendiendo siempre la objetividad. En ese terreno yermo de la crítica de los años cincuenta, y en los años que siguieron, Emmanuel Carballo encontró su lugar y cumplió su tarea. Finalmente, la crítica literaria no es sino una parte importante del mismo proceso creador, en la medida en que valora y da testimonio de lo que hacen los autores, propiciando así la integración y continuidad de ese mismo proceso.

En los últimos años de los cincuenta, Emmanuel Carballo empezó a trabajar las entrevistas que conformarán el libro *19 protagonistas de la literatura mexicana*. En 1958 me fui a París, con una beca de la Alianza Francesa y en el último trimestre de 1959 me reintegré a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nuevo León. Ahí permanecí hasta 1965, después de ser rector y me radiqué en la ciudad de México. Aquí encontré de nuevo a Emmanuel Carballo. Fue ocasión para que me invitara a colaborar con él en el suplemento cultural del periódico *Ovaciones*, que tenía a su cargo junto con Alfredo Leal Cortés, a quien conocí en aquella ocasión. Empecé a colaborar en ese suplemento en diciembre de 1965; eran reseñas de libros lo que escribía para el suplemento. De éstas recuerdo la dedicada a la novela *Gazapo*, de Gustavo Sainz; otra fue a *Flor de juegos antiguos*, de Agustín Yáñez, libro que acababa de ser reeditado por la Editorial Novara; *España, 1937*, de Lini M. de Vries, fue otra; era un libro de memorias de esta autora, de origen holandés, norteamericana de nacimiento y nacionalizada mexicana, que había vivido en España durante la Guerra Civil.

Otros textos entregué seguramente para el suplemento cultural de *Ovaciones*, pero mi estancia ahí fue breve, seguramente porque Emmanuel dejó el suplemento en el curso del año de 1966.

En el recuerdo aparece de nuevo Emmanuel Carballo, en ese mismo año de 1966. Es una tarde, en su casa de Copilco. Ahí estaba también, si no me falla la memoria, Merlin H. Forster, el

crítico y estudioso norteamericano, que había publicado dos años antes un trabajo sobre los Contemporáneos, en aquellas beneméritas Ediciones de Andrea, ya desaparecidas. No tengo preciso si en esa ocasión estaba en la casa de Emmanuel Carballo don Rafael Jiménez Siles, o si me lo presentó después, pero el motivo de la reunión tenía que ver con él. Antes de seguir adelante, recordemos quién fue don Rafael Jiménez Siles. Era entonces socio de Martín Luis Guzmán, en actividades editoriales que tuvieron gran significación para el desarrollo del libro en México. Una de las firmas editoriales que pusieron en operación Rafael Jiménez Siles y Martín Luis Guzmán fue Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones (EDIAPSA), y también Empresas Editoriales, de la que nos ocuparemos más adelante, así como las Librerías de Cristal, diseminadas en varios rumbos de la ciudad de México y con su presencia más importante en la Alameda de México, frente al Palacio de Bellas Artes. Antes de la Librería de Cristal, Jiménez Siles tuvo la Librería Juárez, en las calles de Humboldt. Don Rafael Jiménez Siles era malagueño de origen, había sido editor en su natal España, animador de varias casas editoriales, entre las que merece mencionarse "Cénit", que publicaba obras de contenido social y también literarias, incluidas las traducciones de otras lenguas. Llegó a México en mayo de 1939, con el exilio español y se integró a un programa de apoyo al libro mexicano animado por el presidente Lázaro Cárdenas. Por cierto, EDIAPSA publicó la revista *Romance*, que llenó toda una época y fue testimonio de las letras y la cultura españolas en el exilio. Jiménez Siles y Martín Luis Guzmán también crearon la Compañía General de Ediciones y la ya mencionada Empresas Editoriales. Esta última se dedicó en los años sesenta a la literatura mexicana y en ella se nombró como director literario a Emmanuel Carballo. Bajo su dirección se publicaron los volúmenes titulados *La vida en México*, referidos a los regímenes presidenciales de Lázaro Cárdenas a Miguel Alemán, en los que con la colaboración de José Emilio Pacheco se recogieron los textos escritos por Salvador Novo en la Revista *Hoy* y después en la revista *Mañana*. También se publicó de Novo *Toda la prosa* y del propio Emmanuel Carballo la antología *El cuento mexicano del siglo xx*, en el año de 1964. Sería

prolijo mencionar aquí todos los títulos aparecidos en aquellos años en Empresas Editoriales. Recordemos solamente aquellas breves biografías, con prólogo de Emmanuel Carballo, de quienes era muy jóvenes entonces: Carlos Monsiváis, Salvador Elizondo, Gustavo Sainz y otros. La colección se llamaba "Nuevos escritores mexicanos del siglo xx presentados por sí mismos".

Mención aparte merece un libro también publicado por Empresas Editoriales, en cuyas páginas Emmanuel Carballo recogió las entrevistas hechas a diferentes escritores: *19 protagonistas de la literatura mexicana*. Esta obra marca, sin duda, un hito en la crítica literaria en México. Nunca antes se había presentado, no sólo la visión de conjunto de los principales escritores mexicanos del siglo xx, vivos entonces, sino el perfil y el carácter de estos autores, de modo que se tuvo acceso a un acercamiento singular sobre la vida y la obra de estos personajes de las letras mexicanas contemporáneas, todo a través de la entrevista como método de trabajo para revelar y recoger lo peculiar de estas existencias y su dedicación al esfuerzo literario como vía de creación y expresión. Este libro de Emmanuel Carballo vino a demostrar que la entrevista es, a un mismo tiempo, un difícil trabajo de análisis y síntesis, vía de acceso para el juicio crítico sobre la vida y la obra del personaje entrevistado, revelación de los procesos que han conducido a una personalidad a crear y a escribir como lo ha hecho a lo largo de su existencia, y finalmente arte capaz de marcar una distancia entre el entrevistador y el entrevistado, dejando a éste último decir lo propio a partir de la pregunta que pone en movimiento memoria y reflexión, anécdota y juicio. Por su riqueza de contenido y su proyección para el conocimiento de nuestras letras, *19 protagonistas de la literatura mexicana* se ha vuelto lugar de referencia inevitable para todos los estudiosos de nuestras letras. En 1994 apareció la cuarta edición de este libro, corregida y aumentada y desaparece del título, como en la segunda y tercera, el número 19, por haberse integrado las entrevistas a otros autores. Por la singular importancia que ha cobrado este libro de Emmanuel Carballo, merece que nos detengamos en su prólogo y postdatos para recoger algunos aspectos importantes sobre el trabajo del entrevistador.

"Concibo la entrevista —dice Emmanuel Carballo— como una confesión general". Líneas adelante habla de "examen de conciencia" y lo relaciona con la vida y la obra del escritor. Detrás de esta afirmación subyace una idea que comparto: la obra de un autor descubre sus orígenes, su motivación, su razón de ser, a partir de la vida vivida por el escritor. Hay quienes afirman que la biografía nada añade al conocimiento de una obra, porque ésta responde a sus propias reglas, tiene una existencia independiente y vale por sí misma. Pero aunque esto último es cierto, también lo es que la creación literaria cobra su sentido final frente a la vida humana y es ante ella como alcanza ese valor "vicario" que le asignó Alfonso Reyes. Por esto, las entrevistas de Emmanuel Carballo ofrecen una imagen cabal del escritor en su forma de ser, en su carácter y temperamento, en su tránsito vital y existencial y así aportan luces no sólo a la parte biográfica del entrevistado, sino también y de manera muy importante a su obra, añadiendo a todo esto los juicios y las apreciaciones sobre su propio trabajo.

Para su tarea, el entrevistador se informa sobre la vida y la obra del entrevistado, utilizando diferentes materiales: las fuentes oficiales, o sea las biografías, las historias de la literatura, etcétera; los "juicios y prejuicios" de los amigos y enemigos del entrevistado, y las noticias aparecidas en periódicos y revistas y otras publicaciones. "Revestido con estas armas defensivas y ofensivas —dice Carballo—, el entrevistador está capacitado para enfrentarse, en un combate cuerpo a cuerpo, con quien puede ser su asesino o su víctima, y en quien siempre gustaría encontrar a un ser comprensivo, lúcido e inteligente".

Muchos otros aspectos sobre el trabajo de la entrevista están presentes en el prólogo que ahora comentamos, pero es imposible dejar referencia a todos y cada uno de ellos. Quede claro, de todas formas, que entrevistar a personajes de la literatura es tarea difícil, a veces ardua, siempre dispuesta a no imponer sobre la imagen del entrevistado la propia del entrevistador. Por eso afirma Emmanuel Carballo que

A sabiendas de que su papel es deslucido e ingrato, el entrevistador permanece fiel a su tarea por razones de orden moral: sabe

que al llevar a cabo su trabajo pone en el platillo de la balanza que le interesa el peso de su intuición y experiencia. Si cumple este propósito, su indiscreción es discreta y su impertinencia puede ser considerada como una forma que adopta la cortesía. Por último, indiscreción e impertinencia deben surgir fatalmente, en el momento oportuno, si aspiran a figurar en las huestes del amor y la verdad.

Hemos optado por incluir esta larga cita del prólogo de Emmanuel Carballo para recoger con sus propias palabras el sentido y función de la entrevista, y entender así por qué este libro ha tenido tan importante presencia en el estudio de la literatura mexicana del siglo xx.

Pero volvamos al año de 1966, y a la casa de Emmanuel Carballo en Copilco. En aquella ocasión, me invitó a colaborar en un proyecto que formaba parte del programa en marcha de Empresas Editoriales, donde Emmanuel Carballo era director literario. Se trataba de la colección "Un mexicano y su obra", formada por libros dedicados a figuras consagradas de las letras mexicanas del siglo xx, donde se ofreciera al lector la biografía, un estudio crítico, una antología y una selección de juicios, más bibliografía directa e indirecta y fotografías de las diferentes épocas de la vida del autor estudiado. Algo semejante —me dijo Emmanuel— a los libros de la "Bibliothèque idéale", de Gallimard, donde aparecieron más de veinte volúmenes dedicados a otros tantos autores: Claudel, Saint-Exupéry, Leautaud, Albert Camus, Henri de Montherlant y otros. En esta colección "Un mexicano y su obra" Emmanuel tenía a su cargo el volumen dedicado a Jaime Torres Bodet; Ermilo Abreu Gómez, el de Martín Luis Guzmán; Pedro Guillén, el de Jesús Silva Herzog y Raquel Tibol, el de David Alfaro Siqueiros. Emmanuel me invitaba a escribir el quinto, dedicado a Agustín Yáñez. Acepté de inmediato tan generosa oferta, por la oportunidad que ofrecía de participar en un importante trabajo editorial, y además de publicar en la ciudad de México. Había otra circunstancia: Agustín Yáñez era entonces el Secretario de Educación Pública y yo tenía a mi cargo la Secretaría General Ejecutiva de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, trabajo para el que me había trasladado

de Monterrey a la ciudad de México y en el que tenía que tratar frecuentemente con el titular de Educación. Esto último era importante, pues la elaboración del volumen para la colección de "Un mexicano y su obra" exigía un trato cercano, o al menos regular con el autor estudiado, por lo que se implicaba en el trabajo de aspectos biográficos y bibliográficos, más el material fotográfico que era parte importante del volumen. En suma, se necesitaba contar con una buena disposición de colaboración del autor al que se dedicaba el volumen.

Comencé de inmediato, poniéndome en comunicación con el licenciado Raúl Cardiel Reyes, secretario particular del Secretario de Educación y hablando también con el mismo Agustín Yáñez. Yo tenía casi toda su obra y Yáñez me facilitó solamente los libros donde se recogían sus discursos y algunos materiales relacionados con su gestión como gobernador del estado de Jalisco. Entre los colaboradores de Agustín Yáñez que traté y conocí como secretario general de la ANUIES, estaba Emmanuel Palacios, participante en aquel esfuerzo generacional que fue *Bandera de provincias*, revista juvenil publicada en Guadalajara y donde el propio Yáñez fue el principal animador. Traté también, aunque muy poco, a Rafael F. Muñoz (presente en los *Protagonistas de la literatura mexicana*) y que, si recuerdo bien, tenía a su cargo la oficina de prensa de la Secretaría de Educación.

A este trabajo dediqué las tardes, buen tiempo de los sábados y domingos y buena parte de las noches, pues estaba ocupado en las mañanas, hasta las tres de la tarde, en la secretaría general de la ANUIES. Escribir el libro exigió muchas lecturas y elaboración de notas, pero el trabajo fue avanzando con regularidad. Fui entregando a don Rafael Jiménez Siles en su oficina de la calle de Nazas, las cuartillas que iba escribiendo y tres años después, en 1969, apareció el libro. El colofón señala el tres de octubre de ese año como fecha de terminación de la edición del libro. El primer libro de esta colección, el dedicado a Martín Luis Guzmán y elaborado por Ermilo Abreu Gómez, tiene como fecha de terminación de la edición el 30 de marzo de 1968, es decir, que todos los libros publicados de "Un mexicano y su obra" salieron de las prensas en un año y seis meses. El mío fue el quinto y último.

Después del conflicto del 68, con todos los problemas derivados de este singular fenómeno en la vida social y política de México, y del Jueves de Corpus al año siguiente, dejamos de vernos con la frecuencia que había sido regular hasta esos años. En 1973 ingresó Emmanuel Carballo al Departamento de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla. Me lo dijo una vez que coincidimos en el restaurant "Mauna Loa", de la ciudad de México. Después supe de su participación en las actividades culturales de la Casa de las Américas, de La Habana, Cuba, en particular su intervención como jurado en el otorgamiento del premio de dicha institución, así como de su trabajo editorial en "Diógenes", que durante más de veinte años, de 1966 a 1988, fue un espacio abierto a los nuevos autores latinoamericanos. Con este pie editorial Emmanuel Carballo dio a conocer a escritores de diversas latitudes. Baste mencionar aquí a Reynaldo Arenas, cuyo libro sobre Fray Servando Teresa de Mier, *El mundo alucinante*, publicado en 1969, le otorgó a este autor reconocimiento continental como uno de los escritores más importantes de la nueva narrativa cubana.

En 1982 terminé mis funciones en la Secretaría de Educación Pública y me regresé a la ciudad de Monterrey. Pero fue por poco tiempo, porque a mediados del año siguiente recibí invitación de la Secretaría de Relaciones Exteriores para ocupar en Madrid el cargo de ministro para Asuntos Culturales en la Embajada de México. Ahí estuve dos años, de octubre de 1983 a octubre de 1985. En este año regresé al país para pasar a la Secretaría General de El Colegio de México. Esta actividad fue de tres años, de 1985 a 1988, y estando en El Colegio de México encontré de nuevo a Emmanuel Carballo. Primero porque tuvo la amabilidad de enviarme y dedicarme su libro *Protagonistas de la literatura mexicana*, en su segunda edición de la Segunda Serie de Lecturas Mexicanas. La dedicatoria tiene fecha de 15 de agosto de 1986. Pero además un día recibí, al año siguiente, una llamada telefónica de Emmanuel al Colegio, para decirme que tenía a su cargo la sección de Literatura de la *Enciclopedia de México*, obra realizada originalmente en 1966 por su paisano Rogelio Alvarez y en proceso de una nueva edición. La llamada fue para pedirme la

actualización de la ficha que recoge mis datos biográficos en esa obra de consulta.

Ese mismo año de 1987 saludé otra vez a Emmanuel Carballo. Ahora se presentaba su libro *Cuento mexicano del siglo xx /1*, en coedición de la Universidad Nacional de México y Premiá Editora de Libros. La UNAM me invitó a participar en esta presentación, que fue en la Casa Universitaria del Libro, esa bella casona de principios de siglo, o quizá de los finales del anterior, ubicada en la esquina de las calles de Orizaba y Puebla, en la colonia Roma de la ciudad de México. Ya no recuerdo con quien compartí en aquella ocasión los comentarios a la antología de Emmanuel, pero buscando en mis notas encuentro que hice referencia a las principales antologías que habían precedido a ésta, apoyándome en lo escrito por María del Carmen Millán, amiga de muchos años, tanto de Emmanuel como mía, también participante en la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León a quien una grave enfermedad se llevó después de una delicada intervención quirúrgica. De las ocho antologías anteriores a la que en esa ocasión se presentaba, realizadas entre 1924 y 1978 por Bernardo Ortiz de Montellano, Joaquín Ramírez Cabañas, José Mancisidor, Luis Leal, Emmanuel Carballo y la propia María del Carmen Millán, tres habían sido hechas por Emmanuel, una en 1956, otra en 1964 y otra más en 1968. De estas tres y de todas las anteriores a 1987, la más completa de todas es sin duda la del propio Carballo en 1964, con 56 autores presentes en sus páginas y publicada como ya dijimos por Empresas Editoriales. En la cuarta antología, coeditada por la UNAM y Premiá en 1987, un largo y pormenorizado prólogo de Emmanuel Carballo antecede a los siete autores y los 14 cuentos comprendidos en sus páginas.

Durante mi estancia de tres años en El Colegio de México fui invitado muchas veces a Monterrey a dictar conferencias y en varias ocasiones coincidí con Emmanuel Carballo, viajero frecuente a esta ciudad desde los años cincuenta. Entre estas ocasiones recuerdo una, correspondiente a un ciclo de conferencias organizado por el Centro de Escritores del Gobierno del Estado y cuyo eje

central era el tema de los problemas de la creación literaria en provincia. Aquella serie fue denominada, utilizando el hermoso verso de Ramón López Velarde, de su poema "El retorno maléfico": "El edén subvertido que se calla". ¿Por qué la provincia se mantiene en un discreto margen ante los procesos de la creación literaria? O dicho de otra manera: ¿Cuáles son las causas que hacen difícil la creación literaria fuera del Distrito Federal? No es aquí el lugar para dejar una explicación o interpretación de este problema, pero dejamos mención de él porque seguramente fue un tema que inquietó a Emmanuel Carballo, por haber vivido en su propia experiencia la práctica de la literatura en su ciudad natal originalmente, para después trasladarla a la ciudad de México.

A partir de 1988 me radiqué de nuevo en Monterrey y salvo el año y medio en que de nuevo regresé a la ciudad de México para desempeñar una función en la Secretaría de Educación Pública, en 1992 y 1993, he permanecido en la capital de Nuevo León hasta el presente. En todo este tiempo he seguido viendo a Emmanuel Carballo, en las diversas ocasiones en que ha visitado Monterrey para dictar conferencias o presentar sus libros. Mencionaré sólo las dos últimas: la dedicada a la presentación de su libro *Historia de las letras-mexicanas en el siglo xix*, editado por la Universidad de Guadalajara en 1991. Según mi memoria, esta visita de Emmanuel a Monterrey fue a mediados de ese mismo año de 1991, por invitación de la Escuela Normal Superior. El libro tiene un indudable valor por la visión completa que ofrece de las letras mexicanas en el siglo pasado. Además de ocuparse de los tradicionales géneros de la poesía, la novela, el cuento y el teatro, ofrece la visión de otros siete que, analizados por separado, integran una parte importante de las letras decimonónicas en México: la crónica; los cuadros de costumbres; la historia y la crítica literarias; los textos de viajes; los textos autobiográficos; la historia y el ensayo político y la oratoria, en la que se incluyen la sagrada, la política, la forense y la académica. Solamente en la oratoria sagrada se recogen los nombres de 43 figuras, que con excepción de las más conocidas, más por su obra literaria y crítica, como Beristain y Souza, Fray Servando Teresa de Mier o Ignacio Montes de Oca y Obregón, nunca merecen consideración aparte en la literatura

mexicana del siglo xix. En el apartado de textos autobiográficos, además de los nombres muy conocidos de José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Vicente Salado Álvarez o Guillermo Prieto, se recogen aquí las de figuras poco conocidas, como José Miguel Guridi y Alcocer, José Manuel Hidalgo y Concha Lombardo de Miramón, esposa del general que murió con Maximiliano en el Cerro de las Campanas. Pero además, este libro ofrece lo que en ninguna otra historia de la literatura de México se encuentra, que es una relación exhaustiva, con sus fechas de aparición, de las revistas literarias del siglo. Aquí se da cuenta de 133 revistas decimonónicas, 48 de la ciudad de México y 85 del resto de las entidades federativas. Este solo dato basta para ver que el centralismo cultural y literario, sin duda por razones sociales, políticas y económicas, ya está presente a lo largo de todo el siglo xix.

La más reciente ocasión en que pude ver y saludar a Eramanuel Carballo en Monterrey fue en la presentación, en febrero de 1995, de su libro de memorias *Ya nada es igual (1929-1953)*, junto con la cuarta edición, ahora en la colección "Sepan cuantos", de la Editorial Porrúa, de los *Protagonistas de la literatura mexicana*. Su libro de memorias es un rico testimonio de la actividad cultural y literaria en Guadalajara, principalmente en los años cuarenta y cincuenta. Escrito con apego a la verdad y sin concesiones a personas e instituciones, relata en un estilo semejante al utilizado en sus críticas y entrevistas, el paso de sus años infantiles a los de la adolescencia, y más tarde los de la juventud, tempranamente abierta a la lectura y el conocimiento de las letras y su ejercicio. Es interesante descubrir en estas páginas que la provincia mexicana impulsa las inquietudes literarias por caminos semejantes, trátese de Guadalajara o de otras ciudades del país, como Monterrey. Sobre las diferencias y las particularidades que establecen su propio perfil a una ciudad y marcan su peculiar manera de ser, como podría ser el caso de ciudades como Guadalajara y Monterrey, en el fondo pueden verse semejanzas en la conducta y decisiones de quienes en la edad juvenil viven la intención literaria y luchan por establecer una presencia en el campo, amplio o reducido, de la cultura local. Así, *Ya nada es igual*, de Emmanuel Carballo, se convierte en un espejo donde se refle-

jan situaciones, actitudes, inquietudes y esperanzas de quienes optan, un día, por transitar el camino de las letras. Leemos en uno de los capítulos iniciales de *Ya nada es igual*:

Si en la ciudad de México a finales de los años cuarenta el escritor no cumplía una función específica (los tirajes de sus libros no pasaban de confidenciales), en Guadalajara era visto y juzgado en forma negativa. Ni el gobierno del Estado ni la sociedad civil creían en él ni en su trabajo: lo consideraban ocioso e improductivo.

El escritor que permanecía en Guadalajara y se le aceptaba socialmente era aquél que había conquistado un título académico, practicaba un oficio (sobre todo el de maestro) o vivía respaldado por el dinero de su familia. Esa posición lo volvía intocable, le daba un sitio único, modesto pero tangible. Lo aislaba, pero no lo excluía.

Nuestra generación, que surge en el mes de enero de 1949, más que atacada fue vista con burlona simpatía. Como eramos hijos de familia, estábamos a salvo de la segregación, aunque no de una benévola cuarentena. Creían, supongo, que podríamos volver al buen camino: éramos tan jóvenes.

Hoy, transcurrido medio siglo de las inquietudes de aquellos años juveniles, con una vida cumplida y plena de realizaciones, estamos ahora reunidos para testimoniar nuestro reconocimiento a la tarea sostenida a lo largo de todo este tiempo, por un crítico y estudioso de las letras mexicanas como lo es Emmanuel Carballo. Ya el maestro Rogelio Reyes reunió la bibliografía de este protagonista de la literatura mexicana. Sólo como un acercamiento a su dimensión del trabajo realizado por este infatigable estudioso de las letras mexicanas, nos pusimos a la tarea de cuantificar las fichas que integran esa bibliografía. Dejando de lado las tareas de difusión cultural, su participación en la realización de revistas y suplementos literarios, sus trabajos de radio y televisión y sus actividades editoriales, de este recuento resultan: 18 libros; participación en otros 10 libros colectivos; 28 prólogos; 12 antologías y 537 artículos, notas, reseñas y ensayos publicados en revistas, periódicos y suplementos culturales, desde sus colaboraciones pri-

meras en la revista *Ariel*, en 1949, hasta las de los años ochenta, más lo acumulado después de estas fechas.

Así, la vida da testimonio de sí misma, como ocurre con todos los hacedores de una obra significativa y trascendente que va más allá del hacer cotidiano, cualquiera que sea el ámbito de trabajo de esos hacedores, sea en la empresa, la producción, la acción social o la correspondiente a las letras y la cultura. En este último caso, el esfuerzo realizado pareciera cumplirse al margen de las exigencias de la realidad inmediata, al traducirse principalmente en la creación de libros o textos. Pero ocurre que precisamente por tratarse de tareas del espíritu, en las que se integran con valor similar la inteligencia y el sentimiento, el juicio y el análisis crítico, trascienden de manera tan cabal, que por ellas se cumple la difícil función de identificar el rostro de una sociedad y de un país; es decir, su ser profundo, su conducta vital, su presencia como colectividad en el paso del tiempo.

La obra de Emmanuel Carballo pertenece a esta proyección esencial de la vida nacional. Como ocurre con la literatura toda, en ella nos descubrimos a nosotros mismos y se nos revela nuestra presencia en la historia y en la vida. Pero a veces ocurre que este reconocimiento llega cuando aquél que nos ha permitido ese descubrimiento de nuestro modo esencial de ser, ya no está entre nosotros. Por eso hoy, es ocasión de felicitarnos todos por poder testimoniar a Emmanuel Carballo nuestra gratitud por ese trabajo de tantos años en favor de un mejor conocimiento de nuestras letras, por aportar a lo largo de este medio siglo su inteligencia y sensibilidad para revelar y desentrañar el significado y valor de la literatura mexicana. Por todo ello, decimos a Emmanuel Carballo: ¡muchas gracias!